

Difíciles reformas institucionales

Carlos Huneeus¹

Fecha edición: 08-03-2007

“La renovación de la élite gubernativa era indispensable, sin embargo, es difícil de realizar. Hay poco ánimo de jubilar en la actividad política, a diferencia de los países avanzados.”

El gobierno Michelle Bachelet cumple un año, con las dificultades propias de una nueva administración. Ellas tienen que ver con un ambicioso programa, que incluyó cambios institucionales y una renovación de la élite gobernante -“nadie se repite el plato”-, que consideró la incorporación de mujeres al Ejecutivo para lograr la igualdad de género.

También se explican por las condiciones dejadas por el gobierno del Presidente Lagos, con su énfasis en el crecimiento y en las obras públicas, que impuso un ritmo que forzó a la administración pública más allá de sus capacidades. El estilo de liderazgo de una “presidencia personal” (Lowi), que buscó establecer una relación directa con los ciudadanos, impidió hacer visible las falencias, que irrumpieron cuando asumió Bachelet. La movilización estudiantil fue la expresión más notoria de ello.

La presidenta comenzó su gestión apresuradamente -las 36 medidas-, detenida por la rebelión estudiantil. Luego, priorizó las reformas. Sobresale el cambio del sistema previsional. La debilidad de los salarios de los trabajadores y la inestabilidad laboral condenaban al fracaso al sistema aprobado por la Junta de Gobierno en 1980. La reforma hará que Chile tenga un sistema mixto de pensiones, con el rol del Estado, el aporte de los asalariados y la acción de las AFP.

El Transantiago es otra ambiciosa reforma institucional. Es un cambio muy difícil de llevar adelante, porque requiere una estrecha cooperación entre varios ministerios, el trabajo de empresas privadas y la participación de los santiaguinos. El gobierno ha hecho bien en enfrentar las dificultades y no dejarse presionar por la oposición, porque ningún cambio profundo carece de tropiezos.

La renovación de la élite gubernativa era indispensable para mantener el dinamismo de una coalición que tiene tres lustros dirigiendo el gobierno. Sin embargo, es difícil de realizar, porque Chile es un país pequeño y no dispone de mucho margen para encontrar nuevos rostros realmente capacitados. Además, el sistema político no integra a los ex ministros, que siguen teniendo influencia a través de sus cargos en empresas privadas, organismos internacionales o los partidos. Hay poco ánimo de jubilar en la actividad política, a diferencia de los países avanzados.

El cambio de personal en el Poder Ejecutivo contrasta con la continuidad de los parlamentarios, con diputados que han estado tres o más períodos consecutivamente y de muchos que están en el Senado. Dieciocho de los 36 actuales senadores fueron diputados. También hay continuidad en los partidos, con dirigentes que están actuando varios lustros, hasta décadas. Este continuismo también se da en la oposición, especialmente en la UDI, cuyas principales figuras son políticos profesionales desde que salieron de la universidad en los años 70 o comienzos de los años 80.

El avance en las reformas institucionales y en la renovación de la clase política seguirá ocupando al gobierno de la Presidenta Bachelet. Los dirigentes de los partidos de la Concertación deben aplicar estos objetivos al interior de sus organizaciones. Ello ayudará al éxito del gobierno.

¹ Director Ejecutivo de la Corporación CERC y profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.